

1

Fuego

Durante los largos y solitarios años de mi infancia, cuando el palacio de mi padre parecía oprimirme hasta dejarme sin respiración, me acercaba a mi aya y le pedía que me contara un cuento. Y aunque ella conocía muchos maravillosos y edificantes relatos, el que yo hacía que me contara una y otra vez era el de la historia de mi nacimiento. Creo que me gustaba tanto porque me hacía sentir especial, y en aquellos tiempos había pocas cosas en mi vida que me hicieran sentir de esa manera. Tal vez Dhai Ma se daba cuenta de ello. Tal vez ésa era la razón por la que accedía a mis peticiones aun cuando ambas sabíamos que yo debería estar empleando mi tiempo de modo más productivo, más acorde con la hija del rey Drupad, gobernante de Panchaal, uno de los reinos más ricos del continente de Bharat.

Ese relato me llevaba a imaginarme con nombres de lo más fantasiosos, como «Hija de la venganza», o «La Inesperada». Pero Dhai Ma hinchaba las mejillas ante mi tendencia al dramatismo y me llamaba: «La Niña que no fue invitada». Quién sabe, tal vez el de ella era más acertado que los míos.

Aquella tarde de invierno, sentada con las piernas cruzadas a la escasa luz del sol que se las arreglaba para abrirse paso a través de mi ventana, que más parecía una rendija, ella comenzó así:

—Cuando tu hermano salió del fuego del sacrificio para caminar sobre las frías losas del salón del palacio, todos los allí reunidos gritaron asombrados.

Estaba pelando guisantes. Yo observaba sus veloces dedos con envidia, deseando que me dejara ayudarla. Pero Dhai Ma tenía ideas muy claras acerca de las actividades que eran adecuadas para las princesas.

—Un instante después —continuó—, cuando tú saliste del fuego, nos quedamos con la boca abierta. El silencio era tan grande, que se podría haber escuchado la flatulencia de una mosca.

Le recordé que las moscas no realizan esa particular función corporal.

Dejó ver su sonrisa astuta y de ojos torcidos.

—Hija, las cosas que ignoras llenarían el blanquecino océano donde duerme el Señor Vishnú... y se derramarían por los bordes.

Pensé en darme por ofendida, pero quería escuchar el relato. De modo que me mordí la lengua, y después de un momento reanudó la historia.

—Habíamos estado rezando durante treinta días, desde que el sol salía hasta que se ponía. Todos nosotros: tu padre, los cien sacerdotes a los que había invitado a Kampilya para llevar a cabo la ceremonia del fuego, encabezada por ese par de ojos furtivos, Yaja y Upayaja, las reinas, los ministros y, por supuesto, los sirvientes. También habíamos estado ayunando (no es que tuviéramos elección), con una única comida todas las tardes: arroz

aplastado y remojado en leche. El rey Drupad no comía ni siquiera eso. Él sólo bebía agua traída del sagrado Ganges, para que los dioses se sintieran obligados a responder a sus oraciones.

—¿Cómo era él?

—Era delgado como la punta de una espada, y duro como ella también. Uno podía contar cada hueso de su cuerpo. Sus ojos, hundidos profundamente en sus órbitas, brillaban como perlas negras. Apenas si podía mantener la cabeza erguida; pero, claro, no se iba a quitar esa monstruosa corona sin la que nadie jamás lo ha visto, ni siquiera sus esposas, según dicen, incluso en la cama.

Dhai Ma tenía buen ojo para los detalles. Mi padre era, y sigue siendo, siempre el mismo, aunque la edad —y la creencia de que estaba finalmente cerca de conseguir lo que había querido durante tanto tiempo— habían suavizado su impaciencia.

—Algunas personas —continuó— pensaban que iba a morirse, pero yo no compartía ese miedo. Nadie que deseara venganza con la desesperación del rey, tu padre, dejaría escapar cuerpo y aliento fácilmente. —Masticó meditabunda un puñado de guisantes.

—Y por fin —la ayudé en el relato— llegó el trigésimo día.

—Y yo, como todos, lo agradecí de corazón. La leche y la cáscara de arroz son buenas para los sacerdotes y las viudas, ¡pero a mí que me den *curry* de pescado con chiles verdes y encurtidos de tamarindo cualquier día! Además, tenía la garganta irritada y me dolía de tanto farfullar todas esas impronunciabiles palabras en sánscrito. Y tenía las nalgas, lo juro, aplastadas como una tortilla *chapati* de tanto estar sentada sobre aquel helado suelo de piedra.

»Pero yo también estaba asustada, y al echar furtivas miradas a un lado y a otro descubrí que no era la única. ¿Qué ocurriría si la ceremonia del fuego no funcionaba como aseguraban las escrituras? ¿El rey Drupad nos condenaría a todos a muerte, acusándonos de no haber rezado con la suficiente dedicación? En otros tiempos me habría reído si alguien hubiera sugerido que nuestro rey pudiera hacer algo semejante. Pero las cosas habían cambiado desde el día en que Drona se presentó en la corte.

Quise preguntar por Drona, pero ya sabía yo lo que ella me diría.

«Impaciente como las semillas de mostaza que chisporrotean en aceite, eso es lo que tú eres, ¡aun cuando ya tienes edad para casarte en cualquier momento! Cada historia llegará en el momento adecuado».

—Así que cuando el rey, tu padre, se puso de pie y vertió el último pote de mantequilla clarificada en las llamas, todos contuvimos la respiración. Recé con más fuerza de la que nunca en la vida había puesto..., aunque no era por tu hermano por quien yo rezaba, no exactamente. Kallu, que entonces era aprendiz de cocinero, me había estado cortejando, y no quería yo morirme antes de haber experimentado los placeres de tener a un hombre en mi cama. Pero ahora que llevamos siete años casados... —En este punto, Dhai Ma hizo una pausa para resoplar ante la locura de cuando era joven.

Si ella empezaba con el tema de Kallu, yo me quedaría sin oír el resto del relato.

—Entonces se alzó una columna de humo —intervine, con experimentada destreza.

Ella se dejó atraer de nuevo por la historia.

—Sí, y era una columna de humo negro en forma de espiral, de olor desagradable, con voces que venían de dentro. Las voces decían: «He aquí el hijo que has pedido. Él se ocupará de la venganza que anhelas, pero te partirá la vida en dos».

«Eso no me importa», dijo tu padre. «Entrégamelo».

—Y entonces tu hermano salió del fuego.

Me puse derecha para escuchar mejor. Adoraba esa parte de la historia.

—¿Cómo era?

—¡Ése sí que era un verdadero príncipe! Su frente era noble. Su rostro brillaba como el oro. Incluso sus vestimentas eran de oro. Se alzaba alto y sin miedo, aunque no tendría más de cinco años. Pero me preocupaban sus ojos. Eran demasiado delicados. Me pregunté: «¿Cómo va a vengar este niño al rey Drupad? ¿Cómo va a matar a un guerrero tan temible como Drona?».

A mí también me preocupaba mi hermano, aunque de otra manera. Él lograría cumplir con la tarea para la que había nacido, no me cabía duda. Hacía todo de un modo tan meticuloso... ¿Pero qué efecto tendría en él todo aquello?

No quería pensar en eso.

—¿Y entonces? —dije.

Dhai Ma hizo una mueca.

—¿Acaso no puedes esperar hasta el momento en que tú apareces, doña engreída? —Luego se ablandó—. Antes de que hubiéramos terminado de vitorear y aplaudir, incluso antes de que tu padre tuviera la oportunidad de dar la bienvenida a tu hermano, apareciste tú. Eras tan morena como rubio él, tan impulsiva como él tranquilo.

Tosías por el humo y tropezaste con el dobladillo de tu sari, buscando la mano de él y casi haciéndolo caer...

—¡Pero no nos caímos!

—No. De algún modo os las arreglasteis para sosteneros mutuamente. Y luego se oyeron las voces otra vez. Decían: «Mirad, os damos a esta niña, un obsequio más de lo que pedisteis. Cuidadla bien, porque ella cambiará el curso de la historia».

—¡Cambiar el curso de la historia! ¿De verdad dijeron eso?

Dhai Ma se encogió de hombros.

—Eso es lo que aseguraron los sacerdotes. ¿Quién puede saberlo con certeza? Ya sabes cómo retumban y resuenan los sonidos en esa sala. El rey parecía sobresaltado, pero luego os alzó a vosotros dos, apretándote a ti contra su pecho. Por primera vez en muchos años, lo vi sonreír. A tu hermano le dijo: «Te llamarás Dhristadyumna». Y a ti: «Te llamarás Draupadi». Y luego disfrutamos del mejor banquete que se ha visto en este reino.

Mientras Dhai Ma contaba los platos del banquete con sus dedos, relamiéndose los labios con aquellos gratos recuerdos, mi atención se centró en el significado de los nombres escogidos por nuestro padre. Dhristadyumna, Destructor de Enemigos. Draupadi, Hija de Drupad.

El nombre de Dhri estaba dentro de los límites de lo aceptable, aunque si hubiera sido hijo mío yo habría escogido un nombre más alegre, como «Vencedor Celestial» o «Luz del Universo». Pero ¿«Hija de Drupad»? Es verdad que a mí no me esperaba, aun así, ¿no podía haber elegido mi padre algo un poco menos egoísta? ¿Algo más adecuado para una niña que se suponía que iba a cambiar la historia?

Acepté el nombre de Draupadi en el momento porque no tenía elección. Pero, a la larga, no me serviría. Necesitaba un nombre más heroico.

Por las noches, después de que Dhai Ma se hubiera retirado a sus aposentos, yacía yo en mi cama alta y dura, de enormes postes, y observaba la lámpara de aceite que lanzaba sombras inquietas sobre la picada piedra de los muros. Pensaba entonces en la profecía con anhelo y temor. Quería que fuera verdadera. Pero ¿tenía yo lo que se necesita para ser una heroína? ¿El valor, la perseverancia, una voluntad férrea? Y encerrada como estaba dentro de este palacio que parecía un mausoleo, ¿cómo iba a encontrarme la historia?

Pero sobre todo pensaba en algo que Dhai Ma no sabía, algo que me carcomía como el óxido corroe las barras de mi ventana. Pensaba en lo que ocurrió realmente cuando salí del fuego.

Si hubo voces, como aseguraba Dhai Ma, haciendo profecías sobre mi vida en un confuso murmullo, éstas todavía no se habían cumplido. Los destellos color naranja de las llamas se fueron desvaneciendo; el aire se puso repentinamente frío. El antiguo salón olía a incienso, y por debajo de él, un olor más antiguo: sudor de guerra y odio. Un hombre muy delgado, demacrado, refulgente, caminó hacia mi hermano y hacia mí mientras estábamos de pie, tomados de la mano. Alargó los brazos, pero sólo hacia mi hermano. Su intención era levantarlo sólo a él para mostrárselo al pueblo. Sólo quería a mi hermano. Pero Dhri no me soltaba, ni yo a él. Nos aferramos el uno al otro tan tercamente que mi padre se vio forzado a alzarnos a los dos juntos.

No olvidé esa vacilación, aunque a lo largo de los años que siguieron el rey Drupad se cuidó muy bien de

cumplir con sus deberes paternos, proporcionándome todo lo que él creía que debía tener una princesa. A veces, cuando lo presionaba, hasta me concedía privilegios que no concedía a sus otras hijas. A su manera, severa y obsesiva, era generoso, tal vez hasta indulgente. Pero yo no podía perdonarle aquel rechazo inicial. Tal vez ésa era la razón por la que, cuando dejé de ser una niña y me convertí en una joven mujer, no confiaba del todo en él.

El resentimiento que no podía expresar hacia mi padre lo dirigí a su palacio. Odiaba los gruesos sillares grises de los muros —más adecuados para una fortaleza que para la residencia de un rey— que rodeaban nuestros aposentos, con las torres plagadas de centinelas. Odiaba las angostas ventanas, los mezquinos y mal iluminados corredores, los suelos irregulares que estaban siempre húmedos, los enormes y austeros muebles de anteriores generaciones cuyas dimensiones eran más aptas para gigantes que para hombres. Odiaba sobre todo el que los terrenos no tuvieran ni árboles ni flores. El rey Drupad creía que los primeros eran un peligro para la seguridad, al ser un obstáculo para la visión de los centinelas. En cuanto a las segundas, no las consideraba de ninguna utilidad..., y todo lo que a mi padre no le parecía útil, lo apartaba de su vida.

Al contemplar desde mis habitaciones el árido recinto que se extendía abajo, sentía que el abatimiento pesaba sobre mis hombros como un chal de hierro. Me prometí que cuando tuviera mi propio palacio, sería muy diferente. Cerré los ojos e imaginé una sinfonía de colores y sonidos, aves cantando en un huerto de mangos y chirimoyas, mariposas revoloteando entre jazmines, y en medio de todo eso..., pero aún no podía imaginar la forma

que tomaría mi futura residencia. ¿Sería elegante como el cristal? ¿Exquisita y refinada, como una copa recubierta de piedras preciosas? ¿Primorosa e intrincada, como filigranas de oro? Lo único que sabía era que reflejaría mi ser más profundo. Allí finalmente estaría mi hogar.

Los años que pasé en la casa de mi padre habrían sido insoportables si no hubiera tenido a mi hermano. Nunca olvidé el calor de su mano al sostener la mía, negándose a abandonarme. Tal vez él y yo habríamos estado unidos incluso en otras circunstancias, aislados como estábamos en el ala del palacio que nuestro padre había dispuesto para nosotros... no sé si por cariño o por miedo. Pero aquella primera lealtad nos hizo inseparables. Compartíamos el uno con el otro nuestros miedos al futuro, nos defendíamos el uno al otro con una fiera actitud protectora de un mundo que no nos consideraba del todo normales, y nos confortábamos en nuestra soledad. Nunca hablamos de lo que cada uno significaba para el otro, pues Dhri no era dado a la efusividad. Pero a veces yo le escribía cartas en mi cabeza, entrelazando las palabras con metáforas extravagantes. «Te querré, Dhri, hasta que el gran Brahmán recoja de nuevo el universo en sí mismo, como hace la araña con su tela».

No sabía entonces que ese amor iba a ser sometido a durísimas pruebas, ni tampoco cuánto nos iba a costar a ambos.